

# El sentido genésico del cosmos en la mitología vasca

Por JUAN THALAMAS LABANDIBAR

*A Isidoro de Fagoaga, como recuerdo de  
nuestros años de convivencia en tierras labortanas.*

## 1.—El culto de la fecundidad en el paleolítico

Si es cierto que la captura de ciertos animales era de rigor para el hombre del paleolítico, no menos cierto es que la multiplicación de esos animales, o sea, la permanencia de las especies a que pertenecían, venía a ser para él una cuestión de vida o muerte. De ahí que, movido por el instinto de conservación, el cazador paleolítico se entregara a un doble ritual mágico: el que tendía a obtener éxito en sus cacerías y el que pretendía asegurar la reproducción de las especies a que pertenecían los animales que cazaba.

En nuestras latitudes, es decir, en el Sur de Francia y en el Norte de España, es donde el hombre del paleolítico superior consiguió expresar con mayor perfección su mentalidad de cazador en figuraciones artísticas pertenecientes a la cultura francocantábrica. Así vemos que, dentro de las cavernas que habitaba, el artista prehistórico dejó grabadas figuras de animales — más de las especies rumiantes que carnívoras —, muchas de ellas cubiertas con armas arrojadizas. Un felino de Isturitz se ve alcanzado por dos arpones clavados en sus flancos. En cuanto al oso de Trois Frères, no puede expresar mejor su situación desesperada, echando sangre por sus fauces, después de haber sido alcanzado por un cierto número de azagayas. El mismo aspecto, aunque con un arte menos logrado, presenta el toro de Cabrerets, en la región del Lot. El bisonte de Bideilac y el caballo de Montespan también aparecen víctimas de las armas de sus perseguidores (1).

---

(1) F. M. Bergounioux et A. Glory. *Les premiers hommes*, págs. 265-266, fig. 105, 106, 107.



Otras figuras de animales, pertenecientes también a la cultura francocantábrica, tratan de poner de relieve el hecho de la fecundidad, es decir, la reproducción de la vida animal. En algunos casos, dos figuras de animales, de diferente sexo, se hallan colocadas simplemente una al lado de otra. Otras veces existe una apariencia de flirteo. La única escena de apareamiento conocida se halla en el friso de caballos en la cueva de la Chaire de Calvin, en la Charente. En no pocos casos la hembra aparece en periodo de gestación, o también va acompañada de una o varias crías, poniendo de manifiesto el hecho de la maternidad (2).

De gran interés son las dos hermosas figuras de bisontes de arcilla, que se hallan a setecientos metros en el interior de la caverna de Tuc d'Audouberg, en el Ariège. Y es que en su proximidad han quedado huellas de pasos de muchachos, orientados hacia un lugar próximo donde existen representaciones fálicas, lo cual da a entender que se trataba de un antro en el que se practicaban ritos de iniciación (3).

El hecho de que las imágenes de los animales se encuentren, no ya en la entrada de las cavernas —que es donde estaba el hogar de los que las habitaban—, sino en lugares alejados y recónditos, a veces de difícil acceso, indica que se trataba de primitivos santuarios donde se desenvolvían ritos de significación mágica. Así vemos que las figuras de Santimamiñe —cuatro bisontes, una yegua, un oso y el hocico de un ciervo— se encuentran en un lugar elevado, un verdadero antro, a cierta distancia del orificio de la cueva. A veces no se accede al santuario sino a través de estrechos pasadizos y, como en Montespán, después de atravesar un río subterráneo.

El famoso brujo de Trois Frères, disfrazado de reno, con grandes astas destacándose sobre la cabeza, en actitud danzante, hace ver que en los ritos intervenían seres humanos vestidos de animales. Lo mismo demuestran unos grabados sobre marfil, hallados en la Madeleine, en que se ve un grupo de danzantes disfrazados de reno. En un grabado sobre hueso, hallado en Tayjat, los danzantes lanzan con vigor sus pieles al aire en medio del torbellino del baile (4). Por otra parte, una figura antropomorfa de Altamira marca el ritmo de danza batiendo las palmas de las manos, lo mismo que lo hacen actualmente los indígenas africanos cada vez que intervienen en fiestas o ceremonias colectivas.

Pero el culto de la fecundidad en el paleolítico no se limita al mun-

(2) *Ibidem*, págs. 269 y ss.

(3) Hugo Obermaier, *El hombre prehistórico*, lámina, IV, A.

(4) Bergounioux et Glory, *loc. cit.* planche XIII, fig. 103.



do animal, sino que alcanza también a la especie humana. La perpetuación de los clanes a que pertenecían las gentes era una preocupación constante en medio de tantos obstáculos como se presentaban para sobrevivir. De ahí que la religiosidad se orientase hacia una divinidad que encarnaba la feminidad, más concretamente la maternidad, que es lo que nos hacen ver las estatuillas denominadas «Venus esteatopigias» que han sido halladas desde el Pirineo hasta la Siberia. La obesidad exagerada que presentan esas imágenes y el hecho de que sólo se pretendía con ello poner muy en evidencia los caracteres propiamente femeninos, dejando de lado el modelado de la cara y de los miembros, demuestra a las claras que a través de esas figuras se rendía culto a la maternidad. Viene a ser el primer esbozo de la diosa-madre que más tarde, en las grandes civilizaciones agrícolas eurasiáticas, había de convertirse en el objeto central de la religiosidad de las gentes. Solamente en Grimaldi han sido descubiertas una docena de esas figuritas de mujer. La mayor de ellas apareció en Savignano (Italia). En ciertos bajorrelieves aparece esa divinidad como protectora también de los muertos, característica que se acentuará en el neolítico (5).

## 2.—La Ma neolítica

Si ya en el mesolítico aparecieron las primeras formas de selección de ciertas semillas en vista de la agricultura, a la vez que la domesticación de algunas especies animales, cabe decir que esos primeros rudimentos de vida agrícola y ganadera adquirieron el auge que les correspondía durante el neolítico. Y si ya el cazador paleolítico supo establecer el culto de la fecundidad respecto a los seres vivientes, esa tendencia alcanzó su punto culminante al fijarse en la maravilla que realiza sobre el crecimiento de las cosechas el agua que cae del cielo, asegurando los alimentos básicos de las poblaciones agrícolas.

Las representaciones de la diosa madre neolítica llaman la atención por su excesiva esquematización. Vienen a ser figurillas sobre placas de piedra recortada en forma alargada con mera indicación grabada de ojos y una nariz en forma de pico. Son incontables las figurillas halladas en el Sur de España, de un modo especial en Los Millares, y otras zonas de la región de Almería. En el Conquero, provincia de Huelva, aparecieron unos cilindros de piedra de la cultura megalítica española, sobre los cuales se halla la figura de la divinidad telúrica. Representaciones del mismo tipo se descubrieron en el Aveyron, Francia, ya que lo único que se destaca en ellas son los ojos, la nariz puntiaguda y los

(5) *Ibidem*, planche XI, fig. 52-53.



senos en relieve, siendo el hacha, talismán neolítico por excelencia, el atributo que con frecuencia les acompaña.

Martín Almagro destaca el hecho de que, en la Europa oriental, el arte mueble cuaternario posee algunas obras simbólicas, siendo las más célebres las figurillas femeninas grabadas en marfil de manera muy esquemática, halladas en Mezine (Ucrania). Del nivel aurifiaciense es la representación femenina de Predmost, Moravia. Se trata de una figura geometrizada con las partes del cuerpo diseñadas por motivos lineales curvos grabados sobre marfil (6).

En cuanto a los idolillos de la cultura almeriense, ofrecen gran semejanza con otros del mismo tipo hallados en Troya, Tesalia, Fenicia, etc., sobre lo cual insistió el abate Breuil. Esas representaciones perduraron durante la cultura megalítica, ya que con un carácter funerario aparecieron en zonas dolménicas. Y es que, además de simbolizar la fertilidad de los campos, la diosa madre hacía las veces de protectora de los muertos. Esa doble significación encierra también la figura de mujer, dibujada en amarillo, «la déesse jaune», como la llama su descubridor el abate Glory, y se encuentra en la entrada de una caverna de Ussat, en el Ariège. Sus rasgos se limitan a poner muy de manifiesto el hecho de la maternidad (7).

En las mitologías derivadas del neolítico, la Mah hace las veces de Dama de los campos, animales domésticos, de las flores y las serpientes. Sus nombres pueden variar: *Amma, Mah, Maia, Nanna, Innana, Nanaia*, etc., pero su facultad creadora es siempre la misma: valiéndose del elemento acuático, ella es la que da vida a todo cuanto brota y crece sobre la tierra.

De ese genio femenino surgieron las divinidades que se impusieron en el mundo eurasiático. Llámense Maya, Venus, Demeter, Rhea, Afrodita, Ishtar, Astarté, Isis, Attis, etc., todas poseen en común la facultad de dar vida a la tierra en cuanto desaparecen los fríos invernales y las lluvias, caldeadas por el sol, producen el milagro anual de la renovación del mundo vegetal.

En la civilización sumeria, Ishtar simboliza con esplendor la energía vital que, valiéndose del «agua de vida», descubierta por ella, vivifi-

(6) Martín Almagro. *Introducción a la arqueología*. (Idolos de los Milares, fig. 121, pág. 209. Principales tipos de idolillos de Troya, fig. 124, pág. 213. Idolillos de las culturas prehistóricas del Egeo, fig. 126, pág. 217. Representación esquematizada del nivel aurifiaciense de Predmost, Moravia, fig. 50, pág. 90).

(7) Bergounioux et Glory, *loc. cit.* (La déesse jaune, fig. 173, pág. 370).



ca a la tierra. Entre los fenicios se honraba a Ishtar con el nombre Astarte, y el nombre tan bello de Esther que ha llegado hasta nosotros, corresponde a la divinidad caldea, la cual solía ser representada con unos grandes ojos incrustados, poniendo en evidencia la creencia antigua del ojo divino que todo lo domina y todo lo ve. De origen fenicio es una imagen hallada en Villabaricos, provincia de Almería. Se trata de una mujer sentada que lleva sobre sus rodillas un recipiente, de manera que de sus pechos horadados pudiera caer sobre él el líquido que simbolizaba la fertilidad. En cuanto a la Artarté de Tajo Montoro, se la ve sosteniendo un arco en la mano y a su costado, una palmera, cuyo verdor representa el renacer de la vegetación (8).

La Maya romana, la Frig nórdica, la Nerthus germánica y la Belisama céltica respondían a las características de la diosa madre. Para las antiguas poblaciones europeas, las fuentes y los ríos venían a ser también «buenas madres» (Matronae). Los nombres de Deva, Diva, Devon que llevan ciertos ríos, sin excluir nuestro país, indican la deificación de que eran objeto por parte de las poblaciones que vivían junto a ellos.

Según John Marshall, en ninguna parte sobrevive el culto de la divinidad telúrica tanto como en las zonas prearias de la India. A veces se la representa acompañada de una culebra y también con un clemín en la mano, dedicada a medir las cosechas producidas por ella misma. Su apelación más corriente es *Amma*, *Ammai*, la Madre por antonomasia, y como tal se la venera en múltiples lugares en cuanto *Gramma devata*, «Madres locales». En las estribaciones del Himalaya se la denomina *Devi Mai*. Por *Ur-ammal* se entiende «la madre del villorrio», y en ocasión de la fiesta de la Tierra se la honra con un culto que se verifica en el interior de ciertas cavernas.

## La Ma de nuestros montes

La figura femenina más antigua hallada en nuestro país pertenece al ajuar funerario de un dolmen que se halla en las cercanías de La Guardia. También ofrece interés la estatua de bronce descubierta en la localidad navarra de Larumbe y se encuentra en el museo arqueológico de Pamplona. Representa un arte escultórico incipiente, expresión del genio femenino señalado por Sacaze entre las divinidades aquitanas, divinidad que aparece en las inscripciones pirenaicas y fue denominada

(8) José María Mélida. *Arqueología española*. (Imagen de la diosa maternal, fenicia, de alabastro, de Villaricos, Almería, fig. 60, pág. 125. Estela con la imagen de la Asterté cartaginesa, de piedra, fig. 61, pág. 126).



Belisama —bajo la influencia céltica—, antes de ser equiparada a la Minerva romana (9). El lugar denominado Maylis en plena Gascuña, hoy dedicado a la Virgen María y gran centro de peregrinación, nos permite colegir que el nombre indígena de ese genio de la tierra, se hallaba enraizado en Ma.

La amplia investigación realizada por Barandiarán acerca de esa divinidad en el ámbito de nuestro país, nos hace ver que sus características coinciden plenamente con la diosa madre neolítica. Su habitáculo es un antro de donde sale periódicamente para cruzar en forma luminosa el firmamento. Entonces recibe el nombre de *Sugar*, por el centelleo que le acompaña en su carrera: *Su ta gar etortzen omen da Mari ori Murumendi aldetik, ara joaten danean ere*. En las zonas de Irún-Oyarzun, concretamente en Ayamendi, tiene varias residencias subterráneas: *Maida-zulo*, *Puya* y *Kata-zulo*. Cerca de ahí, en una de las laderas de Txoldokoegaña, existe la cueva de *Marixilo*. Se dice que de esos lugares sale cada año para instalarse en el Jaizkibél, en las rocas que se hunden en el mar, lo cual nos induce a creer que, con relación a la gente marinera, hacía las veces de divinidad protectora, como ocurría en gran parte del litoral mediterráneo. Los lugares donde se la honraba solían ser los promontorios, cabos, islitas y desembocadura de los ríos (10).

Las cuevas donde la deidad residía eran santuarios a donde la gente acudía para impetrar beneficios de diverso género, y de un modo especial buenas cosechas. De la Dama de Murumendi se dice que para que caigan con normalidad lluvias fertilizantes y se eviten los pedriscos, hay que subir a su cueva y hacer los conjuros de rigor, antes de la festividad de la Santa Cruz de Mayo. Lo mismo se afirma de Mari-burute, en el valle de Basaburua, y de muchos lugares donde radica la buena Madre. Barandiarán señala varias cuevas en las que, según cree la gente, Mari se ha dejado ver: Balzola (Dima), Supelaur (Orozco), Amboto, Marizulo (Amezqueta), etc. El carácter sagrado que tenían esos lugares subterráneos se desprende del hecho de que, al salir de la caverna, uno debe hacerlo en la misma forma que al entrar, es decir, sin dar la espalda al interior del recinto. Nadie puede permitirse la menor mofa en el antro, y quien hace una petición, debe dirigirse al genio hablándole de tú (11).

(9) Henri Lizop. *Le Comminges et le Couserans avant la domination romaine*, pág. 214.

(10) J. M. de Barandiarán. *Mari o el genio de nuestras montañas*. (Libro homenaje a Carmelo de Echegaray, págs. 245-269). Manuel de Lecuona. *Del Oyarzun antiguo*, págs. 24-25.

(11) J. M. de Barandiarán. *Mitología vasca*, págs. 87-88.



A veces Mari sabe vengarse de los hombres, sobre todo cuando no son fieles a la palabra dada. *Ez'an partetik bizi omen da*, dicen todavía las gentes cuando se refieren a *Marigaizto*. También se cree, en zonas vizcaínas, que ese genio vive del sí y del no: *ezagaz eta baiagaz*. Se trata de normas de conducta arcaicas que afincaron los fundamentos de la honradez, llevadas al extremo de creer que existe en el mundo una justicia inmanente radical. Si uno miente, roba o deja de cumplir lo que prometió, padecerá las consecuencias de su pecado en sus bienes; mientras que si actúa con rectitud, esos bienes necesariamente se acrecentarán. A esa rectitud se añade cierto influjo mágico que los gobernantes deben poseer. Ulises se jactaba ante Penelope de que, gracias a sus cualidades humanas, la tierra producía óptimas cosechas, los árboles plegaban sus ramas bajo el peso de las frutas y sus rebaños producían retoños en abundancia. En contrapartida, cuando fallaban esos bienes de la tierra, la culpa se atribuía al jefe o reyezuelo de la tribu y no pocas veces, al hacerle responsable único de los males, se le quitaba la vida.

Cuando Maimur manifiesta su enojo, dicen en Leiza que el pozo que lleva ese nombre y se halla en dirección al alto de Ezcurra, deja de producir agua y, en ese lugar, nacen vientos huracanados que diezman las mieses. En Oñate y Arechavaleta se cree que cuando Mari se halla en el Aloña habrá sequías, pero si se traslada al Amboto sobrevendrán las lluvias bienhechoras.

La toponimia revela que las mejores fuentes, las que nunca se agotan, van dedicadas al genio de nuestros montes. Así, por ejemplo, un manantial que se halla en Mendioroz, valle navarro de Lizoain y da agua durante todo el año, lleva el nombre de *Mariturri*, mientras que otro pozo que se encuentra más arriba, en una zona bastante alta del monte y deja de dar agua durante los meses de estío, se denomina *Basakoiturri*. En San Martín de las Amezcuas hay varios pozos de excelente agua que llevan las siguientes denominaciones: *Mariturri*, *Marimuis*, *Marichuleze*, *Akiliturri*, *Patziniturri*. Este último nombre hace recordar el de la fuente de *Manziniturri* que se encuentra en Onraita, en plena sierra de Encia. En Musitu existe el manantial de *Maititurri* y en Salvatierra de Alava, *Aniturri*, *Aranandremariturri*, etc. Todavía hoy, la fuente de *Margeri*, en Behobia, tiene fama de ser la mejor de las del contorno, y hasta hace poco años la fuente de *Matxikola*, en Urruña, atraía gran número de personas de no pocas localidades labortanas, debido a sus virtudes excepcionales.

Como se ve, muchas de esas fuentes llevan nombres enraizados en *Ma*, y Menéndez y Pelayo estuvo acertado al desechar a rajatabla todas las leyendas de las «Mouras encantadas», al referirse a no pocas



fuentes de España y Portugal, afirmando que esas consejas obedecen a la creencia en un numen o ninfa denominada *Mara* (13).

Creemos que se puede sostener el mismo criterio respecto a lugares de nuestro país como Mairulegorreta, espléndidas cavernas del Gorbea, que nada han tenido que ver con los moros y se concibe haya sido una de tantas residencias del genio de nuestros montes. Lo mismo cabe decir de Mairulezea, en las inmediaciones de Santimamiñe, en Vizcaya, toda vez que en esos parajes se localiza la aparición de la Lamia de gran belleza que forzó la admiración de Dn. Diego López de Haro y contrajo matrimonio con él. Un matrimonio muy especial, ya que el día que el Señor de Vizcaya se permitió santiguarse, desapareció ella para siempre, al igual que la señora del palacio de Muncharaz, que se convirtió en la Dama de Amboto (14).

Como Dn. Diego tuvo descendencia con la Dama salvaje, los Señores de Vizcaya se creían en la obligación de hacer ofrendas al presunto personaje mítico que desapareció en las cumbres de Busturia. De ese hecho da fe el conde Dn. Pedro Barcelos al decir que la madre de Dn. Iñigo Guerra fue la hechicera de la cual se prendó Dn. Diego: «Y como signo de ofrenda, siempre que el Señor de Vizcaya está en una aldea que llaman Vusturio, todas las entrañas de vacas que matan en su casa, las manda poner fuera de la aldea sobre una peña, y por la mañana no encuentran nada, y dicen que si no hiciera así algún daño recibiría en ese día y en esa noche en algún escudero o alguna cosa que mucho le doliese. Y esto siempre lo hicieron los Señores de Vizcaya, hasta la muerte de Dn. Juan el Tuerto, y algunos quisieron probar a no hacerlo así y se encontraron mal» (15).

En *Arpeko Saindue* se mantiene la costumbre de hacer ofrendas en metálico para conseguir los efectos del agua salutífera. Los pastores de Aralar, cuando pierden una oveja, depositan su ofrenda sobre la peña denominada *Amabirjiñeko arrie*. Las monedas romanas halladas en las cuevas de Isturitz, Santimamiñe, Sagastigorri, etc., demuestran que se recurría al numen de nuestras simas para alcanzar las gracias y beneficios que se apetecían (16).

En cuanto al culto que merecían ciertos manantiales por parte de

(12) *Ibidem.* pág. 103.

(13) M. Menéndez Pelayo. *Los heterodoxos españoles*, t. I, pág. 403.

(14) Anselmo de Legarda. *Lo vizcaíno en la literatura castellana*, págs. 543-544. La leyenda concierne a doña Urraca de Muncharaz en R. M. de Azkue, *Euskalerrriaren Yakintza*, t. I, págs. 369-370.

(15) J. M. de Barandiarán, *Mitología vasca*, págs. 101-102.

(16) *Ibidem.*, 101.



los romanos que radicaban en nuestras zonas, tenemos como testimonio el famoso plato de Otañes, localidad montañesa próxima a Vizcaya. Se trata de un exvoto equivalente a una muy hermosa obra de arte, en la que aparece una figura femenina (el numen) en una urna de la que fluyen aguas salutíferas que van a depositarse en una alberca; un pastor y un sacerdote hacen ofrendas, y un anciano tullido recibe de su esclavo el agua que le ha de sanar; dos muchachos llevan el tonel en su carro, para distribuir el agua bienhechora a quienes no pudieran acudir a la fuente. Existe una inscripción que reza: *Salus Umeritana*. Se ha creído que *Umeri* pudo ser uno de los nombres indígenas de la ninfa. Parece más acertado referir ese vocablo al sustantivo latino *humor* que tiene relación directa con el elemento acuático (17).

## Suge

Tanto en la iconografía como en los ritos pertenecientes a las grandes divinidades de la fecundidad universal, aparece la serpiente como uno de sus emblemas o símbolos esenciales. Debido a su regeneración cíclica y a su habitáculo subterráneo, va lógicamente asociada al culto de la Ma. Por otra parte, debido a que las diosas madres son a la vez divinidades funerarias, el ofidio también encarna las almas de los antepasados, y su presencia en los hogares adquiere la significación de un genio protector de la sociedad doméstica.

Este último carácter de dios penate se mantiene en Lituania, donde es frecuente ver culebras tan familiarizadas con las personas, que acuden a beber la leche que se les prepara cada día y se alejan luego sin hacer ningún mal a nadie. Entre los tunecinos es un privilegio para las familias poseer un pitón doméstico, al cual se le ofrece alimento antes que a los habitantes de la casa. Saint-Exupery relata el chasco —por no decir el miedo— que se llevó en una mansión en que le ofrecieron hospitalidad cerca de Concordia, en la Argentina, cuando estando cenando con la familia, sintió que sobre sus pies se escurrían unas víboras hacia el nido que tenían debajo de la mesa donde habitualmente comían los dueños de la casa con sus dos hijas.

En Roma, uno de los emblemas de Júpiter era un ofidio dorado, y existía la creencia de que también la generación humana puede ser obra suya. A Escipión el Africano y a Augusto se les atribuía ese origen, así como a otros personajes semidivinizados. Los atenienses cuidaban con esmero a la sierpe del templo Erecteo, y todos sabemos el

(17) José María Mélida. *Arqueología española*, Pátera de plata, conocida con el nombre de "Plato Otañes" (Ilustraciones, lámina XXIX).



horror que sentían los conquistadores españoles ante el alimento de carne humana con que los aztecas nutrían a sus serpientes sagradas (18).

En todo el folklore europeo se mantienen las creencias relacionadas con la capacidad que posee la serpiente alada de varias cabezas para controlar las nubes y producir aguas fertilizantes. Lo mismo cabe decir de las culturas amerindianas respecto a ese binomio serpiente-agua. Por ejemplo, el dios mejicano de la lluvia, Tlaloc, lleva como emblema dos serpientes enroscadas.

En la India, primero el budismo y más tarde el brahmanismo, aceptaron el culto arcaico de la sierpe, viendo en ella su capacidad de hacer brotar las aguas. En cambio, en el Irán, debido a una religiosidad fundada en un dualismo radical, la culebra era un ente maligno perteneciente al mundo de Arihman, el dios de las tinieblas y de los pensamientos tenebrosos, y, en modo alguno, a Ahura Mazda, el dios celeste, distribuidor de bienes.

En el Génesis también aparece la culebra como un genio tentador, capaz de inducir a Eva al pecado. Debido a ello, en nuestras consejas de tinte cristiano, como la de San Miguel de Aralar, la sierpe se nos presenta como un ente dañino, dispuesto a producir los mayores perjuicios e incluso a exigir víctimas humanas. Pero en el transfondo mental arcaico del pueblo vasco, ese animal posee las mismas características que en el ámbito del mundo eurasiático. Llega a tanto su sobreestimación, que en nuestro folklore aparece como marido de Mari. Según Barandiarán, Maju, pretendido esposo de Mari, «a juzgar por las funciones que se le atribuyen, debe ser el mismo (genio) que Lope García Salazar llamaba «Culebro» (padre de Juan Zuria), y en Ataun le llaman todavía *Sugaar* 'culebro' y en Dima, *Sugoi*, que significa lo mismo» (19).

Como en un número crecido de pueblos, se admitía en el nuestro que la generación humana pueda ser obra de un ofidio. Azkue señala el caso de una mujer soltera que se sintió en estado en el momento en que vio tres culebras que se escondían bajo un mojón; entonces la muchacha hizo esta exclamación: *Jaungoikoak agertu du nere pekatua*. (El Señor ha puesto al descubierto mi pecado) (20).

El respeto que merecía el ofidio se desprende del hecho de que quien da muerte a uno de ellos, debe rezar un Credo, con lo cual, además de expiar su culpa, consigue enviar un alma del purgatorio al

(18) Mircea Eliade. *Traité d'Histoire des Religions*, págs. 152 y ss.

(19) J. M. de Barandiarán, *Mitología vasca*, pág. 80.

(20) R. M. de Azkue, *Euskalerraren Yakintza*, t. I, pág. 440.



cielo. Una conseja muy difundida pone muy al descubierto el hecho de que maltratar a una culebra, trae siempre malas consecuencias. Fue el caso de dos hermanos que actuaron de modo contrapuesto ante una serpiente: uno de ellos se ensañó con ella y le cortó la cola, a la vez que el otro hermano le reprochaba su mala acción. El resultado fue que el que se mostró compasivo, encontrándose lejos de nuestro país, cumpliendo su servicio militar, recibió de manera misteriosa cierta cantidad de oro, con el cual pudo efectuar su viaje de regreso; pero al mismo tiempo recibió también para su hermano un ceñidor. Sobra decir que aceptó de buen grado el dinero, pero cuando colocó la faja en la rama de un árbol, se produjo en ese lugar tal sacudida que, tras un incendio, se abrió una sima (21).

La acción fertilizante del *Erensuge* o dragón de varias cabezas es efecto de su conexión con los lagos, las fuentes y las nubes. Según W. Webster, la leyenda de la sierpe gigantesca de Isabit equivale a la versión más interesante oída por él en el Pirineo acerca del mito del dragón. Se trataba de un animal de proporciones tan descomunales, que tenía la cabeza en el Pic du Midi de Bigorre, el cuello en Barèges, el cuerpo a lo largo del valle de Luz y la cola en Gavarnie. Abrumados por la presencia de ese animal, los habitantes de esas zonas pirenaicas se confabularon para darle muerte, después de lo cual, con las aguas que salieron de las fauces del monstruo, se formó el lago de Isabit (22).

Según Webster, el Erensuge sería un mito relacionado con los elementos atmosféricos, concretamente con la nube tormentosa; la doncella sería la Tierra y el héroe —San Miguel o San Jorge— el astro del día. De hecho, se cree que cuando al atardecer aparecen ciertas nubes rojizas en el firmamento, entonces es cuando el dragón se deja ver. En Sara dicen que aparece en la cima del monte Larrún. En Ezpeleta también se cree que cuando al monstruo se le forma la séptima cabeza, se hunde en *Itxasgorrieta*, los mares rojizos del Poniente (23).

Barandiarán da a conocer un número crecido de cavernas en que se cree reside tanto el *Erensuge* como *Sugaar*. Al igual que *Mari*, sabe la serpiente ensañarse con los que incurren en ciertos pecados, de un modo especial los que faltan al respeto a sus padres. Desde el momento que el ofidio hace las veces de genio penate, le interesa que reine el buen orden en el ambiente doméstico. Por otra parte, ya hemos señalado la vieja creencia acerca del origen que se atribuye a la culebra, en ciertas ocasiones, respecto a la generación humana. Se trata en

(21) J. M. de Barandiarán. *Mitología vasca*, pág. 142, nota 28.

(22) W. Webster. *Basque Legends*, págs. 19-21.

(23) J. M. de Barandiarán, *Mitología vasca*, pág. 78.



general de personajes de gran relieve social. En Vizcaya, la dinastía de los Señores que arrancó con Juan Zuria, fue obra de una sierpe y una princesa extranjera que vino a parar a Mundaka. Se trataba de la hija del rey de Escocia que estando en esa villa de Vizcaya, en sueños el diablo Culebro la hizo madre. Su hijo fue «ome mucho hermoso e de buen cuerpo y llamáronle don Zuria, que quiere decir en castellano don Blanco» (24).

Lo que ese tipo de creencias representa en el folklore europeo y también en el de Oriente, Mircea Eliade lo da a conocer ampliamente en su tratado de historia de las religiones. También señala una creencia de Bretaña que coincide con otra de nuestro país, a saber, que si se entierran pelos de la cabellera de una mujer que se halla bajo la influencia lunar, se transforman en serpientes. Asimismo, el que come carne de culebra adquiere el conocimiento del lenguaje de los pájaros, es decir, el secreto de las realidades trascendentales (25).

### Uso txuria

Si el culto de la Ma aparece asociado a la sierpe, debido a las mudas periódicas que presenta y todo cuanto evoca respecto a los lugares de donde brotan las aguas fertilizantes y salutíferas; otro animal, de signo muy contrario, la paloma, ha servido también de emblema en la misma divinidad. Así vemos que la Rhea cretense iba acompañada de unos pichones, recordando, sin duda, la tradición que Homero hizo suya, de que una paloma se encargó de alimentar al Zeus cretense durante su niñez. La misma asociación se vislumbra entre la paloma y el Hijo de la Ma en Dodona, aunque con una significación profética y un Zeus acuático, «Naios», el que fluye. Por otra parte, la arqueología registra la presencia del volátil sagrado al lado de la Madre en hallazgos de diverso género efectuados en Siria, Tirinto, Salamina, etc. (26).

En el ambiente mesopotámico, la paloma ocupaba un lugar secundario y tardío al lado de Ishtar, cuyo animal más familiar fue el león. Lo mismo cabe decir de Palestina y Capadocia, donde llegaron a servirse de tórtolas como animales más bien de ofrenda y oblación. En

(24) J. M. de Barandiarán, *Mitología vasca*, pág. 80.

(25) Mircea Eliade, *loc. cit.* pág. 151. El autor proporciona muchos datos acerca de la atribución de la generación humana a la intervención del ofidio en cuanto epifanía lunar. "On croit dans tout l'Orient que les femmes ont leur premier contact sexuel avec un serpent à la puberté ou à la période menstruelle".

(26) Charles Autran. *Autour de l'Asie Occidentale*, págs. 283 y ss.



cuanto al mundo ario, en opinión de Autran, no parece que la paloma haya ocupado un lugar muy destacado; de donde se ha deducido que el culto de la Ma y de su ave simbólica es anterior a la expansión indoeuropea. Prueba de ello es que un pueblo aborigen de Malasia, el de los Semang, honra a *Sunei*, divinidad femenina, diosa de la fertilidad, a través de su compañero inseparable: *a-me-el*, el pichón doméstico.

Según A. J. Evans, así como la culebra equivalía al emblema telúrico de la diosa madre, la paloma representaría el aspecto celeste de la misma divinidad, en cuanto espíritu que planea sobre todos los seres, a quienes ha dado vida. Sin negar ese aspecto uránico que con el tiempo hubo de acentuarse en cierto ambiente semítico, Charles Autran cree que el volátil sagrado participa directamente de las virtualidades genéticas de la Ma. Entre otras pruebas, aduce el ceremonial que existió hasta hace poco tiempo en Kasariani, pequeño santuario de la Hélade. Consistía en organizar cada año una procesión a una fuente que en tiempos remotos había sido consagrada a Afrodita y, a través de las edades, había conservado la fama de poseer gran eficacia genética. El día que se celebraba la ceremonia, una paloma blanca bajaba sobre las aguas de la fuente y, después de humedecer en ellas sus alas, invitaba a los asistentes a efectuar en ellas sus abluciones (27).

Hay razones para creer que el tema de la paloma no ha sido extraño al fondo mental arcaico del pueblo vasco. En primer lugar, hay que tener presente que como motivo decorativo aparece en arcas, estelas, azulejos, incluso en la cruz que aparece en relieve en la columna que soporta la imagen de Nuestra Señora de las Victorias, en el collado de Urzumu, entre Itxasu y Ezpeleta. Philippe Veyrin nos dio a conocer la imagen de un horno de una de esas hermosas cocinas de la Baja Navarra —de la localidad de Yholdy— donde aparece reiteradamente la paloma al lado de otros motivos decorativos tradicionales (28).

Nada arbitrario resulta considerar esa presencia plástica del colmbideo como algo perteneciente a un núcleo de creencias que perviven en cierto número de consejas de nuestro país. En una de ellas se dice que a Axular, después de muerto, se le dejó el pecho al descubierto. Entonces se presentaron una cuerva y una pica para llevarse

(27) C. Autran. *Ibidem*, pág. 289.

(28) La Virgen de Urzumu: *Anuario de Eusko Folklore*, t. XI, 1931, lámina IV. En el mismo *Anuario* ver: Philippe Veyrin: *La décoration des journaux à charbon de bois dans le Pays Basque*, fig. 6. También en ese mismo *Anuario* puede verse la "Cueva de Arpeko Saindua" en la lámina V.



su corazón, cosa que no pudieron efectuar porque inopinadamente una paloma blanca se adueñó de él, dando por ahí a entender que el alma del finado había subido derecho al cielo: *Urbildu zen uxu txuri bat eta berak eraman zuen Axularren biotza, zeruetan goiti* (29).

En una de las leyendas que se refieren al *Arpeko Saindua*, piedra que radica en la cueva perteneciente al término municipal de Bidarray, se relata la bienhechora intervención de unas tórtolas que llevaron a ese lugar el cuerpo insepulto de un peregrino de Santiago de Compostela, que no tardó en petrificarse, haciendo correr sobre la roca un agua considerada hoy todavía como muy salutífera.

En la villa navarra de Uxué el culto de la paloma va directamente asociado al de la Virgen María, al igual que en la capital de España. Una leyenda que remonta a los orígenes del cristianismo en nuestro suelo, dice que una paloma bajada de los cielos revoloteaba insistentemente alrededor de un pastorcillo, consiguiendo que éste encaminara sus pasos al interior de una caverna donde no tardó en hallar la imagen de la Virgen con el Niño en sus brazos. En ese momento la ave-cilla permaneció inmóvil a los pies de la Señora. Los vecinos más próximos que habitaban en la zona baja del monte, decidieron establecer sus lares en lo más encumbrado de la sierra, cerca del lugar donde apareció la paloma providencial. Se creyó que esa aparición era el vaticinio de que los moros no conseguirían adueñarse de esos parajes. Debido a ello, fue grande la devoción que Nuestra Señora de Uxué ha merecido del pueblo y de los reyes de Navarra. El corazón de Carlos II, por mandato expreso del monarca, fue ofrendado a esa imagen, y aun hoy puede leerse en una urna de cristal esta inscripción: «Aquí yace el corazón de Carlos II, Rey de Navarra. Año 1386.»

La más importante de las peregrinaciones que se efectúan a Uxué, es la de los Doce Apóstoles de Tafalla, hermandad de romeros que el 30 de abril, de noche, hacen su recorrido cargados de cruces y los pies atados con cadenas. Entre las cosas que piden, no podían faltar las aguas benéficas que en primavera se esperan del cielo. Lo hacen con una letrilla que pone en evidencia el grajejo ribero:

*A San Sebastián  
no vamos este año,  
que en la sierra de Uxue  
nos damos el baño* (30).

(29) Mayi Ariztia. *Amattoren Uzta*, pág. 16.

(30) M. Dolores Baleztena y Miguel Angel Astiz. *Romerías Navarras*, capítulo dedicado a N. S. de Uxué.



## Divinidades uránicas

Sin toda vez reconocer la existencia de un monoteísmo puro en el origen de las creencias religiosas de la humanidad, nadie pone en tela de juicio la casi-universalidad de la fe en un Ser divino celeste, creador del Universo y promotor de las lluvias que fecundan la Tierra, así como de los ritmos cósmicos que aseguran la vida.

Si nos fijamos en algunos primitivos actuales, veremos que los aborígenes australianos, los pigmeos y bantúes africanos, así como ciertas tribus de indios americanos adoran, con denominaciones distintas a un Ser supremo que gobierna los astros y todo cuanto, en las esferas inferiores, se halla bajo su dominio. En no pocos casos su nombre es esotérico y lo conocen solamente los iniciados. Así, para los pueblos australianos de la costa del Este, *Daramulum* es sobre todo conocido y reverenciado como Padre (*Papang*) y Señor (*Biamabm*) (31).

La Divinidad suprema entre los maoríes recibe la denominación de Iho, que significa «lo que está arriba». Esta noción prevalece al lado de 'brillante' y 'cielo' en la designación del Creador, que casi siempre va acompañado del culto de sus diversas hierofanías: la lluvia, el trueno, el rayo, el arco iris. Acontece a veces que estas manifestaciones meteorológicas acaparen más la atención y el culto de las gentes que el Señor de quien dependen. Y es que, para la mente de los hombres de todos los tiempos, la trascendencia divina equivale a algo inaccesible, mientras que sus manifestaciones se presentan como realidades concretas ante nuestra vista.

Eso es lo que también se comprueba entre los bantúes que creen en Leza, Divinidad celeste, pero, al mismo tiempo, con esa denominación significan todos los fenómenos que se dan en el firmamento. De ahí resulta que algunos de esos elementos actúan como dioses que interesan directamente a los fieles, los cuales no se dirigen al Dios supremo más que en ocasiones señaladas, especialmente cuando sobrevienen las fuertes sequías. Los pigmeos también creen en Kari, Señor omnipotente, pero únicamente cuando surgen las tempestades y el viento huracanado le hacen ofrendas expiatorias. A su vez, los hotentotes, cuando se hace sentir la necesidad de las lluvias, se acuerdan de su Dios y le dirigen la siguiente plegaria: «Oh, Tsuni Goam, Tú que eres Padre de los padres, haz que Nanub (la nube) deje caer agua a torrentes» (32).

También ocurre que los atributos del Ser que «radica en lo alto»

(31) Acerca de las creencias de los primitivos en un Ser supremo: Mircea Eliade, *Traité d'Histoire des Religions*, págs. 47 y ss.

(32) Mircea Eliade, *Ibidem*, pág. 56.



sean acaparados por el Sol, la Luna y la diosa Madre. El culto de la Ma no ha ido en contra del de la Divinidad celeste. La pareja Rangí y Papa, para los maoríes, se halla en el origen del mundo. En la India, al lado de Varuna, el culto se centra en las «Grava devata», Madres locales, que aseguran la fertilidad de la tierra.

De la Creación «ex-nihilo» los primitivos no han tenido conciencia, sino que partió, según ellos, de un sacrificio inicial (*Tiamat, Ymir*, etc.). De ahí que el iniciado, al hacer el sacrificio, consiga situarse en la creación primordial y se identifique con la divinidad. Los etnógrafos que han estudiado de cerca esos problemas, nos dicen que cuando la iniciación llega a desaparecer, la creencia en el Altísimo se convierte en mito. Y es que, gracias a la teofanía implicada en la iniciación, el neófito adquiere el conocimiento de su posición en el mundo. Además de ser un ritual de regeneración, la iniciación implica un acto de conocimiento respecto a la unidad del mundo, las causas que lo sostienen y todo cuanto surge y se renueva en la vida. La contemplación de las esferas superiores ha predispuerto a la mente humana a descubrir y respetar las leyes que gobiernan a nuestro mundo y a cada uno de los seres que lo habitan.

En cuanto a los indoeuropeos, trátase de Dyaus, Zeus, Júpiter, Tyr, vemos que las grandes divinidades superiores se hallan vinculadas con el cielo azul, el día y los elementos atmosféricos, cuya manifestación más pujante y valiosa es el rayo. El hecho de que el nombre originario de la divinidad celeste de los arios ponga en evidencia su carácter de «brillante», «sereno», no excluye las demás teofanías. Tampoco debe excluirse el que en más de un caso haya habido cierta especialización en beneficio de alguna de las divinidades correspondientes a la tempestad o a la fecundidad, lo cual no va en contra de la presencia de la Divinidad en lo alto de un cielo que brilla.

Ya en los Vedas, Dyaus deja de ser una divinidad para convertirse en una expresión que designa los fenómenos diurnos. El puesto supremo le corresponde a Varuna que hace las veces de dueño poderoso del cielo. Es el soberano por excelencia, porque de él dependen, no sólo los ciclos cósmicos, sino incluso las leyes y los contratos humanos. La consagración real (*rajasuya*) equivale a una simple reproducción de la consagración arquetípica que el primer soberano, Varuna, efectuó en provecho propio.

De Ahura-Mazda cabe decir que, en el ambiente iranio, posee las mismas características que Varuna: reside en la bóveda celeste, deja caer las lluvias, lo domina todo, garantiza la fidelidad en las relaciones hu-



manas. Una sola infracción en el orden que pertenece a la Naturaleza y a la Sociedad, acarrea el hundimiento de todos los niveles creados.

Ya antes de los tiempos históricos, en Grecia, Zeus descartó a Urano, y, lo mismo que Júpiter, además de arquetipo de la familia patriarcal, lo era también de la ciudad. El germánico Tyr y el céltico Taranis sabían, desde lo alto, producir las aguas fertilizantes. Promovían la fertilidad de la tierra y proporcionaban otros beneficios en atención a las buenas acciones humanas. Ello no fue obstáculo para que Odhin hiciera las veces de demiurgo ni para que se mantuviera el culto de la diosa Madre. Asimismo, ciertos fenómenos atmosféricos pudieron adquirir consistencia propia, sin por ello descartar la soberanía del Dios celeste.

### Urzi y sus hierofanías

El remoto pueblo del cual descienden los vascos de hoy, no podía hacer excepción en ese ciclo de creencias enraizadas en el Ser supremo. De hecho, poseemos un testimonio de gran valía acerca de la fe arcaica en el Altísimo, y es el de Aymeric Picaud, en el código compostelano del siglo XII, cuando dice que a Dios se le nombra *Urcia*. Por muchas vueltas que se haya querido dar a esa afirmación, no hay más criterio válido que el que expone llanamente el catedrático señor Michelena: «No hay indicio de un error semejante en la lista (de vocablos) que recogió y no parece que esta pregunta fuera más difícil de contestar que otras para las cuales obtuvo respuesta satisfactoria, aparte de que no podemos suponer a todos sus interlocutores totalmente ignorantes del romance. Después de todo, tal vez sea esta cuestión un tanto académica, porque 'Dios' y 'cielo' son conceptos que tienen estrecha relación entre sí. Para citar un ejemplo clásico, el finés *taivaş* 'cielo' es un préstamo cuyo modelo báltico, en época histórica, significa Dios (prusiano ant. *deiwa(s)*, lituano *diēvas*)» (33).

Las distintas hierofanías que en nuestra lengua aparecen centradas en *Urtz*, *Ortz*, *Ost*: *Urtzuri*, *Urzondo*, *Ortzantz*, *Ostots*, *Ostgarbi*, *Ostadar*, convienen al trueno, al alba, al cielo azul, al arco iris. Por otra parte, *Ostegun*, 'Jueves' pone en evidencia que se trata del día de *Oste*, exactamente como el «Dies Jovis» entre los latinos.

Teniendo presente el hecho de que la raíz *ur* en no pocos casos expresa lo que sobresale, lo mismo en los accidentes de terrenos que en los seres vivientes: *gallur*, *mutur*, *sudur*, *buru*, etc., nada se opone

(33) Luis Michelena. *Textos arcaicos vascos*, pág. 51.



a que Urzi haya significado escuetamente el Altísimo y como tal los primeros cristianos hubiesen honrado a la Divinidad, valiéndose de un vocablo preexistente, exactamente como en nuestra lengua nos valemos del término Dios que es el Dyaus indoeuropeo.

En cuanto a la manera perifrástica, *Jaungoikoa*, 'El Señor de lo alto', de dirigir al Creador, nada implica sino el deseo de marcar el señorío, la realeza, *jaun*, sobre todo lo existente. En los textos chinos más antiguos, Dios era *T'ien* «cielo» y a la vez *Ghang-Ti* «Señor, Alteza». Y en el sello de Gengis Khan se podía leer esta inscripción: «Un Dios en el cielo y un Khan en la tierra» (34). Ese afán de hacer participar al soberano terrestre de la realeza celeste del Todopoderoso, existió en todos los pueblos de la antigüedad, y si tenemos presente que el primer Jaun del solar vasconavarro fue alzado rey en la ermita de San Pedro que radica en las inmediaciones de Alsasua, podemos colegir que su consagración como jefe temporal pudo realizarse respaldándose en la primacía del príncipe de los Apóstoles (35).

Si nos fijamos en las ermitas que radican en las montañas más altas de nuestro país, veremos que no pocas están dedicadas a los misterios cristianos: Trinidad, Espíritu Santo, San Salvador, y también a San Miguel, pero con el aditamento de Excelsis (Aralar, Izaga). El atribuir al Arcángel la categoría de Altísimo, responde al hecho de que la cumbre de monte ha merecido, desde la más remota antigüedad, una estimación muy especial, por su participación del simbolismo de lo alto, lo vertical, lo supremo, donde se manifiestan con preferencia las hierofanías de las divinidades celestes. El *ziqqurat*, montaña artificial, tenía el valor simbólico del mundo en su totalidad y las ciudades mesopotámicas participaban directamente de la sacralidad de esa altura en la cual radicaba el templo de la divinidad. Uno de los nombres que correspondían a Babilonia era «la casa que junta el cielo con la tierra».

No sólo en épocas señaladas, sino también cada vez que se hacen sentir las sequías, se sube a esas ermitas para pedir aguas beneficiosas para los campos. Por ejemplo, a San Miguel de Izaga suben los fieles de numerosas parroquias entre las festividades de Pascuas y Pentecostés. Junto a la ermita, el preste bendice los cuatro puntos cardinales y, después de los conjuros contra el pedrisco y las tormentas, pide lluvias fertilizantes para los campos. Hay en el templo dos figuras de San Miguel, una de ellas muy pequeña, «el criadito», llamada así porque en representación de la estatua grande se le lleva por los pueblos de un cierto número de valles para que bendiga las mieses. Con esa misma

(34) M. Eliade. *loc. cit.* pág. 66.

(35) M. D. Baleztena y M. A. Astiz. *loc. cit.* (*San Pedro de Alsasua*).



finalidad se pasea a San Miguel de Aralar por gran parte del territorio navarro, sin excluir la capital, donde se le recibe con todos los honores (36).

El culto de San Gregorio Ostiense también va directamente orientado al rendimiento de las tierras. Es legendaria la venida de San Gregorio, obispo de Ostia, a Navarra en ocasión de una persistente sequía que sólo él puede remediar. Se dice que murió en nuestro país y desde entonces se utiliza la «santa cabeza», que contiene varias reliquias, para utilizar el agua de San Gregorio, es decir, la que, después de haber pasado por esas reliquias, se vierte en las heredades para que desaparezcan las alimañas y surjan buenas cosechas. Muchos pueblos llevan el agua del santo, a veces transportando la misma cabeza. De ahí el dicho navarro: «andas más que la cabeza de San Gregorio» (37).

Refiriéndose al país vasco francés, en su «Théorie de la terre», Lapie dice que los vascos construyeron iglesias en los lugares más altos: San Salvador de Behorlegui, San Antonio de Tardets, Santa Magdalena de Muskuldy, Olharandoy, etc. En esas y muchas otras ermitas residía un ermitaño que «a fuerza de golpes de hisopo» trataba de alejar los nublados. Por ese motivo se exigía que fuese un clérigo robusto. De hecho, nada hacía sino bendecir el aire y conjurar el pedrisco. En el Bearn no existen tales construcciones religiosas, excepto la de Nuestra Señora de la Pietat, a quien se invoca, a la vez que a San Grot, para alcanzar la gracia de unas buenas cosechas (38).

Por *osteuri*, *ostebi*, se entiende las buenas chaparradas de primavera que hacen brotar la vegetación como una bendición. Por otra parte, las lluvias de mayo han sido las más apreciadas del año, por cuya razón muchas *etxeakoandres*, durante ese mes, hacían una colada general con toda la ropa blanca que tenían apilada en las arcas y los armarios.

En todos los pueblos han existido prácticas mágicas para provocar lluvias en tiempo de sequía. En Isturiz llevan la estatua de San Remigio a un pozo donde la introducen, con la idea de que por ahí el santo atraerá las aguas del cielo. Según datos que señala José María Iribarren, ese procedimiento fue bastante corriente «en reunión de clero y pueblos, en forma de procesión». En Lumbier llevaban la estatua de San Pedro de Usun; en Labiano, la de Santa Felicia; las reliquias de las már-

(36) M. D. Baleztena y M. A. Astiz, *Ibidem.* (San Miguel de Izaga).

(37) M. D. Baleztena y M. A. Astiz, *Ibidem.* (San Gregorio Ostiense).

(38) Abbé Charbonau. *Devociones legítimas y prácticas supersticiones de algunos santuarios vascos y bearneses.* (Anuario de Eusko Folklore, t. XI, pág. 103).



tires Nunilon y Alodia que se conservan en Leyre, sirvieron para ese mismo fin. Por nuestra parte hemos conocido esa práctica en la localidad navarra de Udabe; no contentos los vecinos con subir a la Trinidad de Irurzun para pedir agua para los campos, llevaban en procesión la Virgen del pueblo a un pozo donde la sumergían. En Alsasua no hace mucho se recurrió al mismo procedimiento con la Virgen de Er-cuden; la estatua quedó inmersa en el agua durante varios días, hasta que empezaron a caer las primeras gotas de la tan esperada lluvia (39).

El arco iris, fenómeno celeste sin igual, tuvo también que ver con las aguas fertilizantes. Una vieja creencia señalada por Azkue dice que las dos extremidades del arco descansan en sendos pozos: *errekatik erre-kara*, y cuando se forma el fenómeno policromado en la atmósfera, entonces es cuando ascienden hacia los depósitos superiores las aguas que habrán de caer en forma de lluvia. Las mejores lluvias son las que duran nueve días seguidos, y éstas son indefectiblemente obra del arco iris. Esas aguas son también las mejores para sanar las enfermedades más recalcitrantes, cuales son las de la piel. Pero no conviene fijarse demasiado en los colores del arco, pues ello implica falta de respeto y trae malas consecuencias, como el que se le pudran a uno las muelas. Por otra parte, quien intente pasar debajo del arco, se expone a cambiar de sexo... (40).

Existen diversas denominaciones para expresar el arco iris, algunas de ellas enraizadas en *Ost*, otras en *In*: *Ostadar*, *Ostarrika*, *Ostilika*, *In-zarka*, *Inzirki*, etc. Es posible que el término más arcaico sea *Ostilika*, considerando *lika* como simple metátesis de *kila*, 'tronco'. Y es que la manera primordial de concebir la unión del cielo con la tierra fue gracias a un árbol o simple tronco, antes de que se recurriese a la idea de una escala por donde los chamanes y los héroes alcanzan las esferas superiores (41).

Visto el alcance que para significar ciertas hierofanías ofrece la raíz *In*, cabe admitir que *Iñar*, la chispa, el rayo, arma del dios celeste, adquirió en nuestra mitología consistencia propia. Al lado de *Ortzanz* y *Ostots*, para significar el trueno, existen *Iñarroza* e *Iñusturi*; lo mismo que *Indriska* para significar el chubasco, y el término de *In-zarka* para el arco iris. Barandiarán coloca a *In* en el mismo plano que *Ortz*, *Ost*. Por nuestra parte, nos inclinamos más bien a ver en lugar destacado al rayo, la chispa divina que personificaba con su fulgor el empíreo, lo mismo que la chispa del fuego del hogar lo hacía con la

(39) José María Iribarren. *Historias y costumbres*, pág. 308, nota 7.

(40) R. M. Azkue. *Euskalerrriaren Yakintza*, t. I, pág. 166.

(41) M. Eliade. *loc. cit.* (*Rites d'ascension*, págs. 98-101).



vivienda y la familia que la habita. Con el término de *txingarte* se expresa el espacio reducido que separa dos viviendas en un ambiente urbano, siendo *txingar* y sus variantes *txinpar*, *txindar*, *pindar* formas derivadas de *inar* (42).

Lugares muy destacados de nuestro país llevan el nombre de *Ortzanz*, siendo uno de ellos el gran bosque de Sempere, en Laburdi, de 254 hectáreas. La cumbre de Ortzanzurieta, en las proximidades de Ibañeta, domina un paisaje sin igual sobre el conjunto del territorio navarro. Sabido es que el lugar donde caía el rayo adquiría un valor sagrado, lo mismo que el que moría víctima de él. Cuando en Eleusis, ante el templo de Demeter, hubo que enterrar a los siete jefes argivos, a uno de ellos, Capaneo, se le colocó aparte, en un lugar sagrado, por haber sido víctima del rayo. Lo mismo ocurría hasta hace poco tiempo en nuestro país. En pleno Urbasa hemos tenido la oportunidad de ver una imagen de la Virgen empotrada en el tronco de un roble, bien guardada por un cristal, como señal del lugar donde cayó un rayo que causó una víctima. En Roma, el roble del Capitolio estaba consagrado a Jupiter Feretrius, el que pega con su arma preferida, el rayo, el instrumento que penetra bajo tierra y trasciende luego en el pedernal. Uno de los nombres del hacha de piedra es *oñeztarri*, que corresponde, según Azkue, al *Biltzstein* alemán. Hasta una fecha muy reciente se ha atribuido un origen celeste y virtudes muy especiales a esas piedras que en castellano son conocidas por ceraunias. En la entrada de la cueva de Zabalaiz, en el Aitzkorri, fue hallada por Barandiarán un hacha de bronce con el filo hacia arriba.

En la iconografía cristiana, Santa Bárbara aparece a veces empuñando el rayo, y se invoca también a Santa Elena para vernos preservados de sus efectos mortíferos. Antiguamente se creía que la chispa celeste anuncia providencialmente la proximidad del trueno y que lo que hay que temer es el retumbar —*trumoi*— de una voz que viene de lo alto e infunde pavor. Una de las fórmulas de conjuro contra el trueno es el siguiente:

---

(42) J. M. Barandiarán. *Mitología vasca*, pág. 122. Sobre decir que nuestro punto de vista respecto a *In*, al identificar este mito con el rayo, es hipotético. Para adquirir alguna luz sobre la presencia de *In* al lado de *Urzí*, convendría acaso detenerse en lo que *Indra* representa junto a *Varuna* en las creencias hindúes. El siguiente texto de Eliade a ese respecto tiene indudable valía: "Toutes les attributions et tous les prestiges d'Indra sont solidaires et les domaines qu'il contrôle se correspondent. Qu'il s'agisse des foudres qui frappent Vritra et libèrent des quantités fabuleuses de soma, ou de la fertilisation des champs, ou de ses possibilités érotiques gigantesques, nous avons sans cesse affaire à une épiphanie de la force vitale" (*loc. cit.*, págs. 83-84).



*Santa Barbara, Santa Kruz,  
Yauna balia zakiguz.  
Inozenteen ogia,  
Yauna, miserikordia.*

### El simbolismo genésico del toro

Así como la serpiente y la paloma fueron emblemas propios de la diosa madre, así el toro, en todo el mundo eurasiático, vino a simbolizar la capacidad genética desbordante de la divinidad celeste. Para comprender ese hecho basta tener presente que la característica más arcaica del Altísimo fue precisamente su condición de *genitor* (*janita*, en sánscrito). Incluso Zeus, antes de ser el padre por excelencia, en cuanto hijo-consorte de la diosa madre cretense participaba de las virtualidades propias de divinidad femenina, siendo un agente directo de la abundancia y fertilidad de las tierras. En cuanto a Urano, cerca de Gaia, sobradamente conocido es el dramatismo de sus engendros que se veía obligado a disimular en el centro de la Tierra.

En todos los pueblos de la antigüedad nos encontramos con un compuesto binario semejante al sumerio *An-Ki*, pareja primordial, promotora, por obra de generación, de todos los seres y bienes de la tierra. Si la vaca llegó a ser, también en el ambiente de la cultura ganadera, el símbolo telúrico asociado al culto de la Tierra, al dios celeste le correspondía un emblema de signo contrario, el toro, el macho por excelencia, cuyo sacrificio respondía al ritual que le era consagrado. No sólo en Creta, bajo la figura del Minotauro, sino también en toda el Asia menor nos encontramos con el cuadrúpedo característico del dios celeste, fulgurante y fecundador. El trueno, considerado como un bramido, y también el rayo que rasga las nubes y produce las lluvias fertilizantes, contribuyeron a acentuar la asociación del toro, no sólo con la divinidad de las alturas, sino incluso con sus hierofanías.

El santuario más antiguo actualmente conocido, en Tell Khafaje, se halla centrado en una representación taurina, asociada al culto de la diosa madre. Y en el ambiente religioso de los hititas existió el toro-altar, a fin de que, sobre la imagen del animal se encendiese el fuego del sacrificio para la ofrenda del cuadrúpedo degollado (43). La representación del animal se redujo con el tiempo a los «cuernos del altar», utilizados también para honrar a Yahvé. Si los israelitas propendían con tanta facilidad a la idolatría del becerro de oro, es porque ese emblema

(43) Charles Autran, *loc. cit.* pág. 73. (Aparecen cuatro figuras del toro-altar.)



se hallaba generalizado en todas partes. Pero hay que tener muy presente que se trataba de un símbolo, una imagen ritual, en modo alguno independiente de la divinidad suprema que representaba.

Las monedas halladas en Nisa, Magencia, Tirinto, Micenas y otras ciudades dan fe del origen prehelénico de las corridas de toros. En Creta eran unas sacerdotisas, adiestradas en el arte de la tauromaquia, quienes intervenían en esas fiestas que se daban sobre todo en primavera, para festejar a la diosa Madre, agente del renacer de las fuerzas de la Naturaleza. El testimonio iconográfico más arcaico respecto a la fiesta brava, se debe a un sello de arcilla de Capadocia, del año 2400 antes de J.C. (44).

En el Irán zoroástrico el culto del toro iba asociado al de Mithra, a través del rito del taurobolio, en el cual el neófito beneficiaba de la expiación de sus culpas gracias a la sangre del bovídeo que corría sobre él. En la India, el Atman, fuerza vital que produce la totalidad de los seres, aparece simbolizada bajo la imagen del toro y también de la vaca. Sabido es que el tabú de la vaca en las circunstancias actuales constituye una plaga nacional. Pero también se mantiene el culto del toro en las zonas meridionales del país centradas alrededor de Madras. En un himno hindú dedicado al cuadrúpedo, se le pide que su sangre sirva para dar vida a las mieses, mientras se le augura que él pueda aparecer tranquilamente en las praderas eternas de Thalí.

Es muy posible que en nuestro ambiente las corridas de toros y el correr vaquillas haya tenido un origen mediterráneo, concretamente, la presencia de los griegos en Iberia. Pero no puede dudarse que el culto del toro en sí, independientemente de las lidias, pertenece a un estrato cultural propio de la cultura ganadera derivada del neolítico. En euskera el nombre del toro se reduce hoy a *zezen*, pero Moguel cita el vocáblo *idirina* para significar 'toro castrado' y su opinión es que la voz *idi* convenía tanto al toro como al buey. Por otra parte, el carro de bueyes denominamos *gurdi*, *burdi*, cuando los labortanos le aplican el nombre de *orga*. Cabe preguntarse si *gurdi* no correspondía más bien a la yunta de bueyes, en cuyo caso *urdi*, en sus orígenes, más que al cerdo se aplicaría al buey, al toro, cuyo apelativo en ciertas lenguas se halla enraizado en *ur*: *urus*, *uroch*, *taurus*, etc.

Sabemos que el toro de lidia español, lo mismo que el buey alpino, descende del uro o toro salvaje que en tiempos de los romanos existía todavía en las selvas de Germania. Para un joven germano el cazar un toro salvaje era gran motivo de orgullo, pues consagraba su

(44) C. Autran, *loc. cit.* pág. 102.



condición viril. Según José María Iribarren, Navarra pudo ser la cuna de los toros de lidia españoles, pues desde tiempos muy antiguos es tierra de toros bravos. La fiera de los pastos de la Ribera permitió el desarrollo de gran número de importantes ganaderías. La afición que existió en tiempos pasados por el espectáculo taurino, y sobre la cual Iribarren proporciona datos muy curiosos, nos deja sencillamente perplejos. Así, los estudiantes de los jesuitas de Pamplona, para festejar la canonización de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Koska, lidiaron toros bravos (45). Refiriéndose a Guipúzcoa, Larramendi se quejaba de la afición brutal que existía por la fiesta brava: «no sé cuándo se ha pegado a los guipuzcoanos esta manía y bárbaro gusto de toros y morros, común a los demás españoles». Y es que «las fiestas en que no hay corridas de toros, apenas se tienen por fiestas» (46). El correr vaquillas subsiste en no pocos pueblos de nuestro país, así como el toro ensogado que en tiempos pasados se utilizaba en ocasiones de «bodas, esposamiento o de nuevo misacantano», según lo da entender una ley prohibitiva del fuero de Sobrarbe.

En lápidas romanas halladas en Ujué, Gastiain, Javier y en la localidad aragonesa de Sos, aparece la silueta del toro en cuanto animal que merecía un culto religioso. Sabido es que con la adopción de los misterios mitriáticos se acentuó en el Imperio romano ese culto, pero, sin tener que recurrir a tal influencia, bien puede admitirse que esa iconografía respondía a una manera de sentir indígena, ya que, al lado del macho cabrío y del carnero, el toro simbolizaba para nuestros antepasados el misterio de la fecundidad universal, siendo considerado el animal viril por excelencia.

La voz euskérica que conviene a la carne como comestible es *aragi*, enraizado en *ari*, 'carnero'. En cuanto al término vizcaíno *okeli*, resulta inevitable parangonarlo con la bajonavarro *ikhel* (*idi okeli*) carne de buey o de toro. De donde se deduce que tanto aprecio mereció el ganado vacuno como el lanar para proporcionar el manjar que solamente, como un lujo, se preparaba en ocasiones señaladas.

El *zezen-suzko* que hoy es un simple divertimento para alborotar a la gente moza, tuvo en tiempos pasados un carácter mágico, ya que por la altura alcanzada por las chispas que arrancaban de la cerviz del cuadrúpedo se colegía la cuantía de las cosechas (47). En la plaza de la catedral de Florencia, el domingo de Pascua, tiene lugar un rito se-

(45) José María Iribarren, *Historias y costumbres*, (Los toros en Navarra, pág. 18).

(46) Larramendi, *Corografía de Guipúzcoa*, pág. 235. Edit. Ekin, 1950.

(47) C. Autran. *loc. cit.* planche II, pág. 81.



mejante, en presencia de las autoridades y del clero que bendice previamente al animal de madera que habrá de lanzar estrepitosamente al aire sus petardos, con el augurio de que suban lo más posible, para que las mieses sean abundantes. La asociación del animal simbólico del *Deus generator* con la chispa que, a su vez, simboliza al *Deus fulgurator*, explica ese rito mágico directamente relacionado con el renacimiento de la tierra.

Hasta hace pocos años fue costumbre en Bayona, durante los Carnavales, hacer desfilar por las calles un hermoso ejemplar bovídeo, destinado a ser sacrificado, después de los honores callejeros. Por otra, el concurso de sementales durante las fiestas locales, no fue una excepción en nuestros pueblos guipuzcoanos. En Irún perdura esa costumbre en ocasión de las fiestas de San Marcial. Pero donde se mantiene el sacrificio ritual del toro con sus características remotas, es en la localidad pirenaica de Barjols, el día de San Marcelo, santo patrono de la iglesia parroquial. Un buen ejemplar taurino es llevado a las inmediaciones del templo para ser bendecido, y luego de hacerle dar un rodeo alrededor de la plaza del pueblo, se le da muerte. Ante su cadáver se ejecutan ciertas danzas rituales por muchachos vestidos de blanco en honor del cuadrúpedo, y finalmente se organiza un banquete colectivo a base de la carne del bovídeo (48). Es curiosa también la costumbre que se mantiene en la ermita del barrio de Osinchu —Los Mártires— de Vergara, cuyos patronos son San Emeterio y San Celedonio. El último domingo de agosto se organiza una romería y, después de misa mayor, se reparten gratuitamente bocadillos confeccionados con la carne de una vaca que fue degollada para esa ocasión. Una vez muerto, el animal queda colgado de la rama de un árbol en las inmediaciones de la ermita y un carnicero se encarga de preparar las porciones que habrán de ser distribuidas al público. Los miembros de una cofradía se encargan de perpetuar esa costumbre que lleva el nombre *karidade artu* (49).

En zonas como Sara y Zugarramurdi existe la costumbre del *ahari-bazkari*, la comida del carnero que se asa fuera y los comensales se reparten buenos pedazos que comen al aire libre. Aunque el animal sacrificado sea una oveja vieja, el ágape lleva el nombre de *ahari*, carnero. En Zugarramurdi se reúnen para esa comida en la misma caverna, el antro que tanto ha hecho trabajar las imaginaciones en el mundo de los más que hipotéticos akelarres. Después de la comida se orga-

(48) C. Autran. *Ibidem*, planches III, IV.

(49) R. M. de Azkue. *Euskalerrriaren Yakintza*, t. I, pág. 147.



niza una *soka dantza*. Es de advertir que en esas reuniones para nada aparecen elementos del sexo femenino.

El sacrificio del macho cabrío en tiempos pasados pudo tener una significación y un alcance semejantes al del carnero, pues los rebaños estaban en gran parte integrados por cabras, cosa que subsiste en las zonas meridionales de Navarra y Alava. Como ofrenda para los muertos, el carnero y el buey fueron animales indicados para esos menesteres. La del carnero, o parte de él, ha subsistido en localidades como Oyarzun y Vera del Bidasoa. En cuanto al buey que se llevaba con sendas hogazas clavadas en sus astas, con sobrada razón hubo de ser prohibido por las autoridades, debido a la ruina que ello provocaba en algunas familias (50).

## II-Eki

Cabe decir que cuando menos desde el neolítico el hombre estableció relaciones de equivalencia entre la luna y las aguas, las lluvias, la vegetación, la fecundidad e incluso su destino más allá de la muerte, estableciendo que puede haber alguna forma de regeneración. De ahí resultó que las variaciones que presenta el ciclo lunar sirvieron para unificar y asegurar cierta correspondencia entre realidades heterogéneas y, debido a ello, cualquier símbolo lunar —espiral, concha, cuerno, etc.— consigue concentrar fuerzas que pertenecen a distintos planos cósmicos, y ello en condiciones que permitan al ser humano situarse en el centro de ellos para activar sus efectos.

Si nos fijamos en la relación de la luna con el elemento acuático, veremos que diversas divinidades selénicas de la India, el Irán y Mesopotamia evocan el caminar de la luna en un mundo de aguas, al igual que una barca. Debido a que el astro de la noche posee la clave de los depósitos superiores, «el río Eufrates consigue resarcirse de agua». A esa idea corresponde también uno de los temas de la especulación hindú, ya que, para ella, de la luna bajan las aguas (51).

Ya por los griegos y los celtas era conocida la dependencia de las mareas con las variaciones lunares. En no pocas mitologías las catástrofes diluviales son atribuidas a las tres noches de oscuridad total. Entonces se fraguan las desgracias, tanto en el cosmos como en la mente del hombre. En medio de los cataclismos siempre se salva un

(50) R. M. de Azkue. *Ibidem.* t. I, pág. 207. Cita Azkue la Ordenanza del Consejo de Castilla suprimiendo la ofrenda “por indecente del par de bueyes que se llevaban al atrio de la iglesia”. La Ordenanza es del año 1771.

(51) M. Eliade, *loc. cit.* 150.



individuo que, además de convertirse en antepasado del clan, actúa en el ámbito humano como un factor de regeneración. En el origen de esas pruebas existe alguna afrenta hecha a la luna, pero siempre, después de la expiación, surge un tipo humano nuevo.

La fertilidad de los campos se atribuye a la presencia lunar, pues su acción sobre la vegetación es innegable y contribuye al crecimiento de cuanto brota sobre la superficie de la tierra. El rocío, la acción de la savia y otros factores positivos actúan en beneficio del mundo vegetal y nunca el hombre ha dudado que en todo ello tiene alguna intervención nuestro satélite.

Por otra parte, la luna tiene también que ver con la condición de la mujer, razón por la cual no era recomendable que las mujeres salieran de noche ni se fijaran con alguna insistencia en la faz de la luna. No solamente los ciclos menstruales, sino también la misma generación, se atribuyen al astro nocturno a través del ofidio que persigue a las jóvenes desde su pubertad. Tradiciones que revelan la persistencia de esa creencia existen en todos los pueblos (52).

Entre los animales que han simbolizado a la luna figuran la rana, el oso, el caracol, el perro y también la serpiente, a la que se atribuyen tantos anillos cuantos días tiene el mes lunar.

La arqueología aquitana da fe del culto que mereció la luna en nuestras zonas, en no pocas lápidas dedicadas a *Illuno*, *Illunberixo*, etc. Asimismo, vemos una de ellas dedicada a *Asto Illuno deo*, corroborando el hecho de que en el léxico vasco *aste* e *illun* son voces que convienen a la luna: *astelen*, *astearte*, *asteazken* que hoy aplicamos a los tres primeros días de la semana, parecen corresponder originariamente a las tres fases lunares que también se expresa por *ilgora*, *ilbete*, *ilbera*. Según Azkue, la voz que genuinamente conviene a la luna es *il*, de donde se derivan las demás denominaciones.

Por Estrabón sabemos que en los días de plenilunio se reunían nuestras gentes en la inmediación de sus viviendas para festejar al astro de la noche. Hoy todavía se le invoca como *amandria*: *Illargi*, *amandria*, *zeruan ze berri?* — *Zeruan berri onak orain eta beti*. Al preguntarle a la abuelita lo que pasa en el cielo, ella contesta que solo cosa buena puede venir de lo alto. También se le compara con un ojo que todo lo ve: *Illargi begi zabal*, *Jaingoikoak bedeinka zaitzala*. *Zu ikusten zaitun guztiak orixe esan dezala* (53).

(52) M. Eliade, *Ibidem*, 151.

(53) Donostiar J. A. Aba, *Euskalerraren otoitzak*, "Egan", N.º 2, 1965, p. 35.



Fórmula algún tanto cabalística, donde lo pagano y lo cristiano van entremezclados, es la siguiente: *Or dago Jesukristo Jauna, Erromako zubian jarririk, urrez urrezaturik, zilarrez zilarrezaturik, argizagia xuriz pintaturik* (54). El término de *argizagi* se le aplica también en algún cantar en que se pide a la luna que ilumine el camino que lleva hacia la persona amada:

*Argizagi ederra,  
Argi egidazu,  
Bidaia luze untan  
Zuk lagun nezazu.  
Maitia nahi nuke  
Gaurgero mintzatu.  
Arat sar arteraino  
Argi egidazu.*

Interesante es la invocación dedicada a la luna en Sos, localidad aragonesa próxima a Navarra, cosa que hacen los niños doblando la cintura, inclinando la cabeza y golpeándose con las manos los muslos:

*Ya sale la luna,  
ya se puso el sol:  
ya extiende la capa  
Dios Nuestro Señor.* (55)

El simbolismo del cuerno se transparenta en la manera de indicar el atardecer, *illunabar*, lo cual conviene de un modo especial cuando el satélite se halla en su fase inicial o creciente. Las distintas fases lunares tienen marcada influencia sobre las aguas, plantas, animales y personas. Muchas son las creencias que subsisten sobre ese particular. Así, el corte del árbol como material combustible hay que hacerlo en cuarto creciente, pero debe hacerse en menguante si se dedica la madera a la construcción. Este es el momento también para sembrar trigo, maíz y patata, a poder ser a la hora de marea baja. Los días de luna llena son los más indicados para las declaraciones amorosas.

En los días de plenilunio los animales del establo se siente enardecidos, y no conviene acercarse demasiado a ellos. Las personas nerviosas también sufren en esa ocasión, volviéndose a veces frenéticas. La sal que se da a los animales no conviene que se exponga a la luz de la luna, porque se convierte en ponzoña, «sal alunada», con efectos

(54) J. M. Satrústegui. *Luzaide'ko otoitz ttipiak*, "Egan" 4 y 6, 1962, p. 9.

(55) J. M. Iribarren. *Historias y costumbres*, pág. 297.



nocivos. El perro no aguanta la presencia de la luna cuando se muestra sobradamente luminosa, y por esa razón se pasa la noche ululando. A los niños y a las muchachas se les recomienda que no se fijan demasiado en la figura del astro nocturno, pues trae malas consecuencias. A los niños se les dice que arrebata a las criaturas que se fijan en ella con cierta insistencia. Los gitanos conservan algunas de esas creencias, y por eso evitan dormir descubiertos cara a la luna, de miedo que se queden ciegos o padezcan otros males (56).

No creemos sea mera coincidencia el que el término euskérico de *il* que conviene a la luna, signifique a la vez muerto. Ya hemos apuntado más arriba que, para la mentalidad arcaica, la luna es el primer muerto, el que pasa de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, proponiendo al ser humano una imagen ejemplar sobre su propio destino. Es muy posible que para nuestros remotos antepasados, lo mismo que para otros pueblos de la antigüedad, la luna fuese una etapa en el tránsito de las almas hacia el *garotman*, la luz infinita que sirve de residencia a las almas en un mundo de paz. Uno de los términos euskéricos que convienen a las almas es *argi*, «luz», debido a lo cual la voz de *illargi* que hoy empleamos para la luna, puede significar indistintamente «luz de la luna» y también «luz de los muertos».

En lo que al culto solar se refiere, sabemos que no perteneció sino al mundo eurasiático y a los aztecas e incas de América, pueblos avanzados en la civilización. Entre todos ellos, los egipcios fueron los que mayor beligerancia dieron a *Re*, el astro del día, ya que llegó a identificarse con *Min* y *Amon*, divinidades uránicas. En cambio, en el panteón mesopotámico *Shamash* ocupa un lugar inferior a los dioses celestes, incluso a *Sin*, la Luna. En la religión grecorromana también le correspondía a Febo un lugar secundario, aunque en la mitología cretense veamos que Helios, bajo un simbolismo taurino, se presenta como esposo de la diosa madre. El caballo alado que tira un carro de fuego vino a representar el curso diurno del astro rey, el cual, al bajar a las zonas subterráneas de Occidente, se llevaba consigo a las almas de los muertos. Ese doble carácter de psicopompo e hierofante poseía también en el mundo céltico, según nos hacen ver las grandes avenidas

---

(56) J. M. Iribarren. *Ibidem*, pág. 310. Cita el señor Iribarren los siguientes versos de García Lorca que recogen la creencia gitana en el daño que puede producir la luna:

*Por el cielo va la luna con un niño en la mano.  
Dentro de la fragua lloran dando gritos los gitanos.  
El aire vela vela, el aire está velando.*



de dólmenes de Carnac, en Bretaña, cuyas alineaciones abarcan una longitud de más de cuatro kilómetros. Templo y necrópolis, las ceremonias que se celebraban en ese lugar, desde una época de dos mil años anterior a nuestra era, se centraban en el culto solar, al igual que las del gran templo de Stonehenge en la llanura de Salisbury.

Variados son los signos solares que en nuestro país se utilizan como temas decorativos —rosetones, círculos concéntricos, suásticas, signos ovífilos, etc.—, poniendo en evidencia la idea arcaica del rumbo que seguían las almas de los muertos por el camino del sol en su ocaso *Itxasgorrieta*. Y es que muchas de esas decoraciones se hallan en estelas discoideas, con una significación funeraria, que es la que el doctor Carballo atribuye también a las dos enormes estelas de Cantabria que se hallan en el museo arqueológico de Santander y fueron descubiertas en el valle de Buelna (57).

Con ese mismo carácter funerario, con inscripciones latinas y bastante variedad en los signos solares, existen cuando menos una docena de estelas empotradas en la ermita de la Virgen de Contrasta, en Alava, pertenecientes a los legionarios que ocuparon el castro que radicaba en ese lugar. Pero no siempre se han limitado a ese fin los ritos correspondientes al astro del día, sino que en ciertos casos se trata de poner en evidencia los innumerables beneficios que representa para la vitalidad cósmica universal. Así vemos que en ocasión de los dos solsticios, todo cuanto se da en los distintos planos cósmicos, aparece como henchido de una bendición muy especial: las flores, las plantas, los árboles, las aguas, el fuego, los animales, las personas, todo cuanto existe en el mundo se ve libre de maleficios y es la ocasión de lo mejor que se puede apetecer: *Onentzaro*.

Existen fórmulas diversas que todavía se emplean para alejar de los campos todo cuanto pueda dañar a las cosechas y se utilizan después de haber encendido el fuego de San Juan:

*San Juan, San Juan eldu da,  
Sorgin begia galdu da.  
Galdua bada, galdu bedi.  
¡Sekulan agertu ez baledi!*

La fórmula que emplean en Lakuntza es la más completa en cuanto al augurio de que todo lo malo desaparezca y se convierta en bueno:

(57) Dr. Carballo, *Las estelas gigantes de Cantabria*.



*San Juan urriña  
Ona zabalzazu,  
Gaiztuek ito itzazu.  
Gaiztua dan guztie  
Onian konberti zazu (58).*

Imprecación reducida es: *Onak barnerat eta gaiztoak kanporat*, que es la que se utiliza cuando el dueño de la casa penetra en las heredades con tizones encendidos en el fuego solsticial. Ese rito de recorrer los campos con teas encendidas, recibe en el folklore castellano el nombre de «alumbrar el pan». Solía tener lugar el día primero de mayo, y consistía en que, antes del canto del gallo, hombres y mujeres penetraran en las heredades con unos tizones que apagaban en cuanto amanecía. Existían fórmulas impetratorias para pedir buen rendimiento de las tierras en las próximas cosechas, como la siguiente que es muy corriente en Galicia:

*Alumea o pan  
alumea-o ben;  
Alumea o pan  
par'ó ano que ven.*

A veces son los niños quienes recorren los campos, imprecando a las sorgiñas para que no cunda su maleficio en los trigales y maizales:

*Sorgiñak ta lapurrak erre erre,  
Artoak ta gariak ondo gorde.*

En ocasión de los dos solsticios se establecen vaticinios sobre las cosechas. En la Nochebuena, la dueña de la casa, antes de retirarse a descansar, barre y limpia lo mejor que puede la cocina, y si a la mañana siguiente aparecen en ella granos de algún cereal, es que las cosechas venideras serán buenas. Asimismo, en la noche de San Juan, después de los saltos de rigor sobre la hoguera, se coloca una piedra entre las brasas, a fin de que a la mañana siguiente se descubra alguna señal del paso del santo protector —algunos pelos de su barba—, signo también favorable para las próximas cosechas.

Ciertos bailes de nuestro país han tenido, al parecer un carácter agrario, como la *Jorra-dantza*, en la que el patealeo de los danzantes simula la escarda. Muy expresivo es también el baile típico de Ochaga-

(58) J. M. Iribarren. *Historias y costumbres*. En el capítulo titulado *El folklore el día de San Juan*, el autor da a conocer un cierto número de fórmulas impetratorias, tanto en euskera como en castellano.



via, donde aparece el animador con dos caretas y, con sus saltos desmedidos, imprime un vigor excepcional a la danza, hasta el momento en que todos quedan medio paralizados, simulando la posición del grano en el surco, antes de que vuelva a renacer. Ese número del baile lleva el nombre de *Modorro*. *La Soka-dantz*a, en que intervienen personas de ambos sexos, es la que mayores excesos podía traer, sobre todo durante las *Mezeta*, fiestas locales, y también en los akelarres, pues ese género de baile es el que se atribuía a las brujas.

En la antigüedad pagana algunas fiestas agrarias tenían un carácter orgiástico, sobre todo cuando se abría el surco con el arado, cuyo simbolismo sexual y genésico ha sido puesto en evidencia por destacados etnólogos. Hablamos todavía corrientemente del seno de la tierra y no fue raro que en las antiguas creencias se identificara el surco con alguna divinidad femenina, como la diosa *Situ* hindú, a la que su progenitor, *Janaka*, descubrió mientras araba en el campo. Residuos de viejos rituales de hierogamia permanecen en pueblos de la provincia de León, en los cuales, al llegar a su momento álgido las labores del campo, los mozos, adornados con cuernos de buey, persiguen a las mozas y adquieren el derecho de intimar ese día con ellas (59).

## Ola

El concepto genésico del cosmos alcanzaba en tiempos pasados incluso al mundo subterráneo de los minerales. Se creía que éstos se hallaban en trance de gestación en el seno de la tierra, ya que, después de su agotamiento por obra del trabajo de extracción, volvían a reproducirse por sus propias fuerzas. Esa era la idea que alimentaba el naturalista Plinio respecto a las minas de España, y nadie en su tiempo hubiera puesto en tela de juicio el que el mundo mineral pueda regenerarse como el orgánico (60).

El alquimista, a su vez, creía que su labor equivale a una prolongación de la que se efectúa lentamente en la tierra, donde la transmutación de los elementos era, para él, un hecho corriente. Una verdadera vocación cósmica, cuajada de cierto misticismo, le movía a mani-

(59) Julio Caro Baroja. *El Carnaval*, pág. 246.

(60) Plinio (Hist. Nat. XXX, IV, 49) dice que las minas de galena de España renacen al cabo de cierto tiempo. Estrabón, a su vez, afirma lo mismo (Geog. V, 2). El distinguido escritor Larreko recibió el 1 de Junio de 1928 una carta de un propietario donibandarra pidiéndole la dirección de un sacerdote español, buen coadjutor, con el fin de conseguir que el mineral de su mina recobrara la "virtud" que había perdido por obra de unos "belhagiles", brujos, que se valían de artes diabólicas.



pular metales con la ilusión de que conseguiría oro. Gracias a la acción de la piedra filosofal, se llegaría a hacer desaparecer el intervalo temporal existente entre la condición actual de un metal imperfecto y su condición áurea final. Allá donde rige una cronología fija, el hombre conseguiría inaugurar una situación privilegiada, gracias a su actividad transformadora, superando el ritmo cósmico exageradamente lento.

Esa obsesión del metal precioso ha dado lugar en nuestro país a gran número de consejas relacionadas con tesoros escondidos, pellejos de buey llenos de oro —*idinarru*. A veces se trata mucho más que de tesoros escondidos, pues de un hombre de Oyarzun se decía que él mismo fabricaba y acuñaba monedas de oro con el mineral del mismo metal que extraía de una mina. El y un competidor suyo murieron sin revelar el lugar por donde se penetraba en tal mina. Solamente se supo que «de la boca de la cueva se oye el canto del gallo del caserío de Berdabio» (61).

En los pueblos de la antigüedad, el trabajo de herrería gozaba de un prestigio especial. Todavía hoy en Java el herrero ocupa una posición tan honorífica, que las relaciones entre los ferrones y los príncipes son semejantes a las de hermanos de sangre. Por otra parte, la genealogía de los herreros, al igual que la de los reyes, remonta hasta los dioses. Si nos fijamos en las tradiciones de Siberia y Asia central, veremos que, en lo que se refiere a los caldereros y ferrones, se atisban la descendencia divina, la transmisión oral de las genealogías, el carácter sagrado del oficio, los ritos de iniciación, la fraternidad mística con los soberanos y una posición social privilegiada (62).

Por otra parte, el trabajo de fundición pertenecía a sociedades secretas a las que se accedía mediante ritos de iniciación. Y es que, para el primitivo, la forja posee un carácter sagrado, viene a ser como una matriz artificial donde los productos de la Naturaleza adquieren una transmutación, un renacimiento, al transformar lo informe del mineral en objetos manipulados. Acaso sea pura coincidencia, pero es interesante aproximar el vocablo eúskaro *labe*, 'horno', de *sabel*, 'vientre', ya que al desaparecer la consonante protética, nos encontramos con *abel*, forma invertida de *labe*.

Donde no cabe casualidad es en el hecho de que el nombre que conviene a la ferrería, *ola*, es el que pertenece a la choza pastoril, la primera forma de vivienda doméstica, cuando nuestros remotos ante-

(61) J. M. de Barandiarán. *El mundo en la mente popular vasca*, t. I, págs. 17-18. Manuel de Lecuona. *Del Oyarzun antiguo*, pág. 25.

(62) Mircea Eliade. *Herreros y alquimistas* (vers. españ.) págs. 86-87, Madrid, 1959.



pasados abandonaron su vida cavernícola. Incluso en el siglo pasado, dice Azkue, fundándose en Duvoisin y otros escritores labortanos, en ciertas zonas de nuestro país *ola* conservaba la significación que atribuimos a *etxe*. El que precisamente la ferrería, y no el molino (*bolu, errota, eihera*), ni los cobertizos para el ganado, enraizados en *tegi*, sea identificada con la casa ancestral, pone en evidencia un fenómeno esencial de la mentalidad arcaica, a saber, que el fuego de la ferrería tenía un carácter sacro semejante al del hogar. Si la vivienda doméstica era el lugar privilegiado donde se entraba en comunicación con las almas de los antepasados, los dioses lares, a través de la llama del hogar, cabe afirmar de la ferrería que era también un lugar excepcional, debido a la llama siempre viva que permite valerse de las fuerzas íntimas de la Naturaleza para alcanzar fines insospechados. Para el hombre arcaico, lo mismo que para el primitivo de hoy, el herrero viene a ser una persona dotada de facultades preternaturales, un demirugo, capaz de actuar, a través del fuego, en un sentido altamente mágico.

Al comenzar los trabajos de fundición, era costumbre engalanar el edificio exactamente como se hacía con las viviendas un día de bodas, porque se consideraba que la llama de la herrería, en la fusión y trabajo de los metales, pone de manifiesto virtualidades semejantes a las del fuego del hogar en lo que respecta a la vida, renovación y perpetuación de las familias.

Nada debe extrañarnos, por lo tanto, que los ferrones se distinguieran en los cantos epitalámicos que se ejecutaban en ocasión de las bodas locales. Acompañados del repiqueteo perfectamente ritmado de las toberas, y más tarde de las palancas, se distinguían como auténticos bardos, con unos cantares denominados *Toberak* que nuestros más destacados folkloristas han sabido dar a conocer (63).

Uno de los maestros de la etnología contemporánea, Mircea Eliade, nos hace ver hasta qué punto ha existido una estrecha solidaridad entre el oficio de herrero y la disposición al canto, cosa que pone en evidencia el vocabulario de no pocos pueblos: así el nombre de poeta deriva del griego «*poiêtês*» que significa fabricante; cuando hablamos del artesano, pensamos en el artista cuya acción rebasa el simple trabajo manual; en el ambiente nórdico de Europa, Odin y sus sacerdotes se denominaban «forjadores de canciones»; el sánscrito *tasksh*, 'fabricar', sirve para significar la composición de cantares que integran el Rig Veda. Muchos otros datos saca a relucir el profesor Eliade al re-

---

(63) Manuel de Lekuona. *Las Toberas* (En Azkue, *Cancionero popular vasco*, t. VI, págs. 4-13).



ferirse a los turco-tártaros, mongoles y zingaros, herreros nómadas, caldereros trashumantes y a la vez músicos, curanderos y magos (64).

Por otra parte, que nuestros ferrones beneficiaron en el orden social de privilegios muy especiales, derivados de la estimación que merecía su oficio, basta fijarse algún tanto en los fueros de ferrerías para convencerse de ello. Así, por ejemplo, en el fuero de los ferrones de Irún-Oyarzun vemos que, en confirmación de sus derechos, usos y costumbres tradicionales, se les reconocen las máximas facilidades para cortar árboles, hacer casas, molinos, hornos, utilizar las venas que hallaren en cualquier terreno comunal o perteneciente a la Real Corona; hacer uso de las aguas y presas, transportar las viandas que cualquiera trajese para manutención de las gentes empleadas en las ferrerías, libres de toda sisa, peaje y demás tributos; inembargabilidad de bienes, ganancias, heredamientos, casas y ruedas de los ferrones, por más que se dijese que anteriormente habían pertenecido a caballeros, escuderos o monasterios, etc. (65).

Si muchos pueblos de la antigüedad tuvieron una divinidad metalúrgica, un dios semejante a Vulcano, cabe admitir que también en nuestro país hubo de existir un genio de ese tipo, a quien tributaban culto nuestros ferrones, mineros y metalúrgicos. La característica del dios herrero era que le faltaba un ojo, una pierna o un brazo, simbolizando las frecuentes mutilaciones que tienen lugar en las faenas duras y peligrosas propias de la forja. En contra de lo que acontecía con los Cíclopes ferrones, rivales de los Titanes, las tradiciones germánicas y escandinavas hacen ver que los mejores metalúrgicos, sobre todo en el país de los Niebelungos, eran enanos, seres de talla muy pequeña que les permitía vivir en el interior de antros subterráneos, desde donde hacen oír el eco que produce su martilleo constante.

No sabemos si nuestro *Tartalo* era un personaje *tartallo*, *ttattarro*, es decir, un hombrecillo charro, o si pertenecía al linaje de Polifemo. En todo caso, nuestro folklore nos hace ver que era tuerto, vivía en lugares subterráneos, dominaba el empleo de la palanca, hasta el punto de que se valía de ese instrumento para desafiar a quienquiera como diestro *palankari* y poseía el secreto de un anillo misterioso que solía colocar en uno de los dedos de la persona a quien se complacía en perseguir. Su tendencia a la antropofagia coincide con lo que enseñan

(64) M. Eliade. *loc. cit.* pág. 97.

(65) Serapio Mújica. *Historia militar de Irún*, pág. 52.



las demás mitologías respecto a la voracidad de esa 'divinidad tuerta del cielo' (66).

Y es que el aspecto exterior de los ferrones, siempre cerca del fuego y ennegrecidos por el humo, entregados a una faena muy penosa durante muchas horas de cada día, nada tenía de halagüeño. Al decir de Moguel, nuestros herreros eran tan negros que, al lado de ellos, los moros resultan aventajados: *Ederrak dira maurubak oneen aldian*. En uno de los refranes recogidos por Azkue, se dice a una muchacha casadera que siempre que pueda escoja a un campesino antes que a una *ola-gizon*. No es que el oficio en sí fuese despreciable, sino que las condiciones de trabajo hacían del ferrón un personaje con poco atractivo físico y, debido a las heridas que con frecuencia sufría, de aspecto lastimoso.

La compensación que tenían esos hombres en su esfuerzo de cada día, junto a una fragua que nunca se apagaba, era que beneficiaban del cocido mejor condimentado en todo el país. Y es que —dice Moguel— su cocción se efectuaba perfectamente, en un fuego sin llama, con un carbón bien quemado, encima del cual hervía pausadamente el puchero, sin que se formara esa telilla o nata que en todo condimento es signo de una preparación deficiente. Nuestros *aundikis* tenían a gala el ir a las ferrerías a probar el cocido sin par de nuestros bravos ferrones: *Andikiak eurak datoz nozbait olara beste zeregin бага, oneen lapikuan ogija beratu ta koipetuta jatera; eta esan darue euren etxeetan sesin ta urdai ederrakaz lapikua eginarren, ezin dabeela tin gauza gozorik jan* (67).

---

(66) J. M. de Barandiarán. *Mitología vasca*, págs. 76-77. *Torto*, *Antxo* y *Alarabi*, son nombres que corresponden a *Tartalo*, que habita en cuevas como la de Muskia, en Ataun. Existe también el lugar de *Tartaloetxeeta*, a quien va dedicado un dolmen en el monte Saadar, en Cegama.

(67) Moguel. *Peru Abarka*, págs. 117-118, Zarauz, 1956.